

mos pues hacer sino darle gracias, y aprovecharnos de tan rico don? Preparémonos pues con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos ménos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al padre, que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo sublime de su divina providencia, que mi corazón lo habia conocido y dádole gracias; que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fué consumado; que me hallaba mas tranquilo, y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razon por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. A Dios, amigo.

CARTA XXVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

JAMAS te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extragero, que su recobro me pareció una resurreccion verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mí mismo. Nadaba en un placer interior, en una satisfaccion tan íntima, que no me cabia el gozo en el pecho. Entonces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia cal-

mó mi corazón. ¡Dios! me decía yo, si un pecador miserable cubierto de iniquidades, si un infeliz que apenas empieza á llorar y pedir perdón, porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temía, ¡cuál será el del alma dichosa, que conserva intacta su inocencia, y cuál el del hombre virtuoso que despues de haber combatido contra sí mismo, sale victorioso de la tentacion?

Esta señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que excitaba mi gratitud, alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos; consideraba el colmo de iniquidad á que habia llegado, el profundo abismo en que me habia sumergido, el modo y las raras circunstancias con que Dios me habia sacado, el cómo me habia traído á esta casa, y dádome en ella un santo y celoso director que me habia convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la Religion; cómo me habia enseñado la divina ley, y conduciéndome á la Iglesia; que ya tenia la dicha de estar en ella, de haber pedido á Dios, y obtenido quizá el perdón de mis pecados; que ya estaba cerca el día de solemnizar esta reconciliación divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor, que se dignaba purificarle.

Todo esto junto me hacia estremecer, me sacaba las lágrimas de los ojos, y me hacia prorrumpir en gemidos. Yo invocaba, yo clamaba á este Dios: ya le bendecía, y pedia con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entonasen conmigo himnos de alabanza, de adoracion y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecia un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto reverente, y una severa penitencia.

Cuando mi imaginacion, calmada un poco, daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida. Quería huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido, de esos ignorantes incrédulos que me habian engañado, de esos hombres viciosos que me habian corrompido. Me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la soledad de mi lugar, y en la casa de campo que poseo cercana á la iglesia, en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa; conducir allí mis hijos y familia, educar á los primeros, y enseñar la Religion y las virtudes á todos, rescatando con ejemplos de cristianidad mis innumerables escándalos y desenfrenos.

Estas ideas me ocuparon de tal suerte, que pasé en ellas la mayor parte de la noche. Dormí poco; pero no era el insomnio inquieto y desahuido del que busca para calmar su fatiga la in-

sensibilidad del sueño; era el desvelo sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volvian á renacer todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al dia venturoso de mi reconciliacion, y allí volví á ver cuánto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Cuando llegó el padre, me preguntó si se habian sosegado mis inquietudes. Yo le conté como habia pasado la noche, y la disposicion en que me hallaba. Todo es obra, me dijo, de nuestro buen Dios; acerquémonos pues con confianza al trono de su misericordia. Dos dias grandes podeis contar en vuestra vida: el primero, cuando en el bautismo la Iglesia os recibió en su seno, y os comunicó los dones del Espíritu Divino, con que Dios os adoptó por su hijo; y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida, y reconciliado con vuestro Padre, os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta santa Madre no ha podido trataros sino como penitente: ha llorado con vos vuestros errores, os ha tenido á sus piés, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros; pero el domingo os espera en su mesa, os pondréis á su lado, os sentaréis con ella, y ya os verá como un hijo que estrecha entre sus

brazos, y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido mas que implorar por vos; pero el domingo el himno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonaréis con ella las alabanzas del Dios que os perdona; ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduzca al tálamo del Esposo, que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolucion os habia recibido en el número de sus esposas; pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán los ángeles, y que adornarán con su presencia los bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del Esposo, no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve, y que en la figura del Cordero cubre todo el esplendor de la Magestad divina. Despojados de la mortalidad, y elevados á mas alto grado, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante Esposo, ya gozan de toda su luz, ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas que, siempre sollicitas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor, ó por la mas ferviente actividad de sus llamas traigan consigo derechos mas augustos, y puedan ser mas bien vistas por el Esposo; pero no caben en esta santa

solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os reciban, las que os abracen con mayor aficion, las que tributen mas gracias al Esposo de su nueva conquista, y las que mas le ruegen que os eleve á mayor dignidad. Los escándalos de vuestra vida, léjos de entibiarlas, serán nuevo estímulo para amaros mas; porque la servirá de motivo para compadeceros, para admirar el poder de la gracia, y las misericordias de su Señor.

Preparémonos pues para este grande dia, para esta solemne fiesta, fiesta de inmortalidad en que empezaráis á ser habitante del cielo, en que vais á presentaros á los ojos del inmenso bienhechor, que se digna de recibir vuestra alma por esposa en presencia de su numerosa corte.

¿Qué esfuerzos, qué diligencias no debe hacer una alma para adornarse de todo lo que la puede hacer hermosa para ganar el corazon de un Esposo tan alto? ¿Y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tenido la desgracia de ofenderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite sin ponerse las mejores galas, sus mas ricos adornos? ¿Cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Poneos la vuestra; y si sois pobre, si no la teneis, pedidla al Esposo. El es magnifico, tiene tesoros inmensos, y es tan liberal que siempre da mas que se le pide; pero para pedirsla es

menester saber lo que se le pide, en qué consiste esta vestidura de su boda, cuáles son las joyas que él estima, y que pueden haceros mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazon se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposicion viene del cielo. Hablando en rigor, ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de prepararla bien á accion tan elevada, si el Espiritu Divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atreviera á acercarse si el mismo Dios no lo ordenara?

Pero este Dios de bondad ha instituido este sacramento no solo para provecho de los hombres, sino tambien para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confesando que no le recibiremos como se debe si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazon tan convencido de nuestra propia miseria, como confiado en su poderosa gracia; debemos pedirle con deseos ardientes que se digne de purificar nuestro corazon, adornando la estancia en que quiere hospedarse.

El soberano que debe alojarse en una humilde

aldea, sabiendo que los pobres paisanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su magestad, envia su recámara que la prepare; y cuando el Rey de los reyes, el Señor de los señores por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia, quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido que se presenta con su miseria y sus deseos, envia al Espíritu Santo para que derrame en su alma sus divinos dones y la enriquezca para que sea de algun modo digna de huésped tan augusto.

Pero para esto es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda; y lo primero y mas indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo ménos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión sería profanación. Esta es la prueba que nos pide el Apóstol, declarando que el que indignamente come el pan y bebe el cáliz del Señor, se hace reo de la profanación de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que no ha sido confesado, de que no se está arrepentido, ó de que no se tenga voluntad de expiarle con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se transforma en sacrilegio.

A Dios gracias, señor, vos habeis hecho una confesion entera y completa; y si hago memoria

de este requisito, es solo para que agradezcáis á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intencion, esto es, hacer este acto, que es el mayor de la Religion, por el fin único que se debe. Cuanto sea mas puro el fin que el cristiano se proponga, tanto mas fruto sacará de este sacramento. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia para que renovemos la memoria de su muerte y resurreccion. Este debe ser pues nuestro objeto principal; pero como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria, y es tambien el canal por donde nos comunica muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intencion para glorificarle y para obtener los demas efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazon á este objeto, único de todos sus afectos; para poseerle y consolarse con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor; para darle gracias por el incomparable beneficio de la redencion; para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario como víctima para expiar en la cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora como hostia saludable á expiar particularmen-

te las nuestras. Si en el cielo es el Pontífice sagrado que ruega en general por todos los hombres, si es el Mediador divino que intercede por los pecadores, en el altar es el Pontífice y mediador particular del que le reciba con fe, con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para expiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que le recibe, este debe presentarse también como víctima por sus propios pecados, unirse de intención con la víctima que tiene en su seno, ofrecerla y ofrecerse él mismo á Dios; pedirle que en atención á la hostia divina que le presenta se sirva de perdonarlos, resignándose á la muerte y demás penas que la divina justicia le destine por la vía de su providencia, prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa, y hacer buenas obras que puedan reparar su injusticia; pedir al mismo Dios por los méritos de su Hijo gracia para cumplir estos buenos deseos, con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que recaiga la aplicación de los de Jesucristo, y finalmente el don de la perseverancia que le conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sagrada cena con corazón bien dispuesto; estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu; pero hay otros muchos

motivos particulares que pueden agregarse, y que no harán mas que añadir pureza á su intención. El que conoce y teme su flaqueza, puede recurrir á este divino remedio para que le fortalezca. El que se siente perseguido de una tentación, para que le libre de ella y de todos sus enemigos. El que desea una gracia particular, se dirige á un Hijo tan amado, á quien su Padre no rehusa nada. El que arde en gratitud porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad y traído á su Religión y su Iglesia, ó por cualquier otro beneficio, no puede expresarla mejor que presentándole esta hostia saludable, digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos, no lo hará mas dignamente que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de alabanza. El que movido del celo de la caridad desea la conversión de alguno, ó el consuelo de sus trabajos, ó el logro de un deseo cristiano, ó en fin el alivio de las almas de sus amigos, parientes y demas que satisfacen á la justicia de Dios con las penas del purgatorio, ¿qué puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo? Pues nada puede abogar con tanta eficacia por los afligidos, nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos, como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

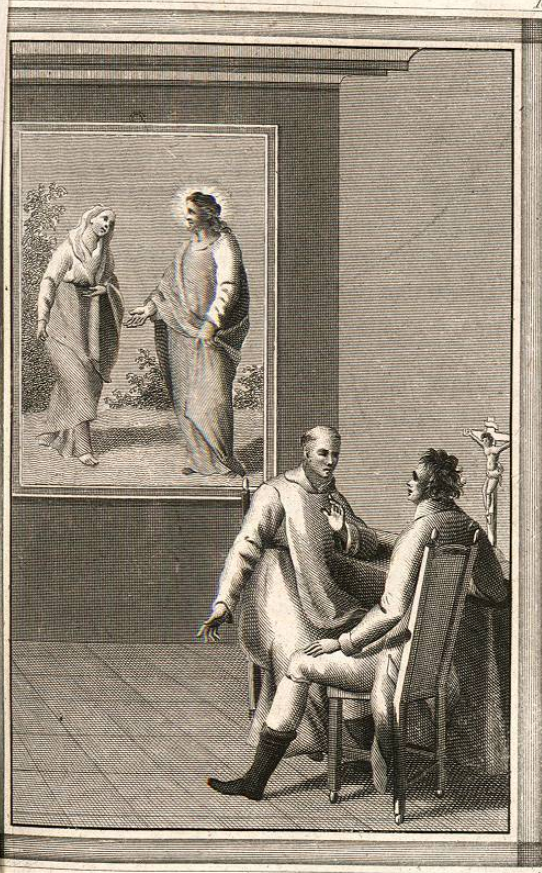
Estos motivos son puros, son dignos de este

sacramento de amor, y el buen cristiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos, son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesucristo, una persuasion íntima de que este divino Redentor es poderoso para obteneros todas estas gracias, y que desea concederlas.

El Evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus (1): „Si hubieras estado aquí, „mi hermano no hubiera muerto; pero sé que „Dios os concederá todo lo que le pidiéreis.” Jesus la responde: „Yo soy la resurreccion y la „vida. ¿Lo creéis?” Ella vuelve á responder: „Sí, señor. Siempre he creido que sois el Cris- „to, Hijo de Dios vivo.” Esta confesion dió principio al milagro de la resurreccion de Lázaro. Jesucristo quiso que esta piadosa israelita tuviese una confianza heroica y una fe viva de que Jesus era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupcion.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuán eficaz es esta fe y confianza en nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones: nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos: nos dice en

(1) Joann. xi. 3.



Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus: si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto.

secreto lo que las hermanas de Lázaro decían á Jesus, aunque en sentido diferente; esto es, que era menester haber empezado ántes, que no se llega tan presto cuando se viene de tan léjos, y que llagas tan infectas y antiguas no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie, trabaja por enflaquecer nuestra confianza, y pretende que despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos, ultrajemos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo muerta, siente mas dificultad en su renovacion interior, y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esta vida celestial, y es conveniente que el pecador mismo conozca cuán terrible es haber vivido tan sin temor de Dios; pero cuando sinceramente arrepentido ha lavado sus llagas en las aguas de la penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza; sus muchas y grandes miserias deben sí aumentar su compuncion, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazon debe ser adorar á Jesucristo como á su resurreccion y vida, y tener una persuasion íntima de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor; una confianza segura de que la sangre del Cordero es mas poderosa para purificarle que lo fueron los pecados para corromperle.

Por lo mismo que no halla en su indignidad nada que le excuse, por lo mismo que no puede aguardar de su flaqueza ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Cuanto mas conoce su bajeza propia, tanto mas glorifica el poder y misericordia de su Dios, y reconoce que un bien tan alto baja del cielo, y que nunca se lo puede atribuir á sí mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien le pide bien, y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Pedid, y recibiréis.* Jesucristo dijo á sus discípulos, y en ellos á nosotros: Todo lo que pidiéreis en mi nombre, os será concedido. El ha convidado á todos los que estan cargados de pecados á recurrir á su bondad, y ha prometido aliviarlos. Vos teneis el horror de vuestros delitos pasados; pero pues ha movido vuestro corazon, pues os ha traído á su Iglesia y os ha conducido desde la absolucion á su altar, debeis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia; y ese mismo terror religioso que os amenaza, es otro indicio de que os llama. *¿Quién sabe si Jesucristo ha permitido que llegáseis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversion sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos? ¿Quién sabe si la Providencia ha dispuesto que vuestros*

excesos sean tan públicos, para que otros muchos pecadores que los saben, no desesperen de su remedio y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia? ¿Quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos? ¿Y si la enfermedad de vuestra alma que parecia ya desesperada, léjos de terminar en vuestra muerte, será ocasion de manifestar la gloria del Señor, pudiéndose decir de vos lo que Jesucristo dijo de Lázaro: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios?

Cuando la gracia convierte á un pecador oculto, todo el fruto de su conversion es para él solo; pero cuando escoge á un pecador público y escandaloso, sobre todo si por su distincion y clase ha producido ejemplos contagiosos, y es un Lázaro que muerto despues de largo tiempo está ya corrompido, los designios de Dios son mas extendidos, y su bondad, con la mudanza de un corazon, prepara la de otros muchos. Con un escogido suele formar millares, y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentis desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas, y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza, porque ella misma os hace ver cuánto debeis á la eleccion divina que os ha escogido para monumento público que acre-

dite la extension de sus misericordias, aun con los mas desordenados delincuentes.

Creed solamente, decia Jesus á las hermanas de Lázaro, y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien: Creed á este Dios de amor con fe y reverencia, y quizá veréis que vuestros parientes, vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia; quizá veréis que las almas mas estragadas suspiran con vuestro ejemplo por otra mejor vida, y que las gentes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios acordándose de vuestros errores, y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexionad pues, señor, que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Bendecid la sabiduría inescrutable del Eterno, que sabe sacar hasta de vuestras iniquidades y pasiones nuevos realces á su gloria. Todo coopera al bien de sus escogidos, y si tal vez permite grandes miserias, es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvacion de sus criaturas: nada desea mas que perdonarlas, recibirlas en su seno, y llenarlas de bienes. Y cuando imploramos su misericordia, no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad: no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la expia; solo debemos recelar de nosotros mismos, esto es,

de que nuestra voluntad no sea sincera, que nuestra determinacion de mudar de vida no sea del todo eficaz, que nuestra flaqueza nos impida tomar todas las medidas, todas las precauciones necesarias por mas ásperas, por mas severas que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaria de la obra de la gracia, y de recibir como debe á su Dios, el que no se determina á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia; el que no está resuelto á quitar todos los muros, estorbos y embarazos que le separaron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman. ¿Cómo podrá mudarse un corazon que vive entre peligros que á todas horas le rodean? ¿Cómo puede ser casto el que continúa viviendo en medio de las amistades, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces? ¿Cómo hará reflexiones serias sobre la eternidad, ni pondrá un intervalo entre la vida y la muerte el que no le quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su enmienda? ¿Cómo es posible que pueda adquirir el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y futilidades mundanas?

Es locura imaginar que un corazon pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres en me-

dio de todo lo que fomenta y fortifica las anti-
guas; que la lámpara de la fe y de la gracia se
encienda entre las tempestades y los uracanes.
Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto
reposo del santuario se apaga muchas veces por
falta de alimento: esta lámpara á quien ni la tran-
quilidad del retiro puede asegurar su permanen-
cia, ¿cómo podrá lisonjearse de mantenerla siem-
pre encendida en el borrascoso mar de los pe-
ligros?

Pero vos, señor, estais determinado á alejaros
de todas las ocasiones de riesgo: estais resuelto
á tomar todas las precauciones de prudencia pa-
ra fortificaros contra vuestra misma flaqueza: que-
reis salvaros á todo precio, y por mas que os cues-
te; vos adquiris, pues, el derecho de pedir á Dios
que perfeccione su obra. Desde que os separais
de todos los objetos que fomentaban vuestras pa-
siones injustas, le podeis decir: Ya eres tú, mi
Dios, el que puede acabar la obra de tu piedad;
yo, segun me parece, he hecho de mi parte lo que
podia. Ya te he sacrificado todos mis afectos vi-
ciosos, y los objetos que los podian resucitar; ya
me he alejado de todos los escollos en que mi dé-
bil corazon pudiera experimentar nuevo naufra-
gio; ya he mudado cuanto en mi vida y mi con-
ducta dependia de mí.

Tú solo eres el que puede mudar mi débil co-
razon y fortificarle con tu gracia: tú solo pue-

des romper los lazos invisibles, superar los obs-
táculos interiores, y triunfar de toda mi enveje-
cida corrupcion. Ya está quitada la losa fatal
que me impedia escuchar tu voz: ahora te toca
ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba
funesta, de este abismo de miserias y de hor-
ror. Ordénamelo, Señor, con esa voz activa y
poderosa que resucita á los muertos y los llena
de vida. Ya vuestro ministro me ha desatado
las cadenas con que estaba mi alma aprisionada;
pero vos solo podeis hacer que yo conserve es-
ta libertad que me ha dado: vos solo podeis ha-
cer que este convaleciente se restituya á una
salud entera, y que la nueva vida que comien-
za sea el principio de la vida eterna.

Ved aquí, señor, como la confianza en la bon-
dad divina, cuando está apoyada en serias y prác-
ticas resoluciones, puede alentar al mayor peca-
dor para que se presente á la divina mesa. Y
si llevá consigo todas las demas circunstancias
que exige un don tan inefable, puede esperar los
frutos soberanos que produce este pan celestial
en las almas bien dispuestas. ¿Pero quién por
poco que considere la grandeza de esta accion,
no se llenará de estupor y asombro religioso?
¿Quién es el que viene? El Dios inmenso, in-
finito, omnipotente, criador del cielo y de la tier-
ra, el ser de los seres, que existe necesariamen-
te por la naturaleza de su propio ser, que existe

solo por sí mismo, y ha dado el ser á quanto existe, á quanto los ojos ven, á quanto el entendimiento sabe: el ser inmutable y permanente, á cuyos piés se suceden y se renuevan todas sus criaturas que se producen: el Dios inalterable y eterno que ve pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen, y los monumentos que se desmoronan.

El Dios amable, principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores. El Dios amante, que nos ha dado la existencia, y con ella todos los bienes que nos comunica, y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flaqueza, y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables.

El Verbo divino, la sabiduría increada, que engendrado ántes de que hubiese siglos en el trono de su Eterno Padre, vino en el tiempo al de una Virgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, en donde Rey de la gloria y vestido de toda potestad, está á la diestra de su Padre, y allí es la dicha

de los ángeles, y el placer inmortal de los bienaventurados, ahora viene á esconderse y visitar el corazon humilde que le llama é implora.

El Dios amante, que no contento con haber vivido y conversado con los hombres, no contento con haberles traído la luz del Evangelio, y haberles enseñado el camino de la gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta memoria de su sacrificio, este socorro con que los consuela en su destierro. El Dios, en fin, que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invencion divina de esconderse en el Sacramento Eucarístico para comunicar con ellos secretamente miéntras llega el dia de la claridad, en que cumplidos sus inmutables decretos, se les mostrará en toda la extension de su gloria inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

¿Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso? A sus débiles y deleznales criaturas, á hombres que sacó de la nada y que formó de barro, á hechuras suyas que no tienen de sí mismas sino corrupcion y bajeza, que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura mas perfecta, la que le ha servido con mas fidelidad y mas constancia, es indigna de bien tan soberano, ¿qué será el mísero mortal que ha tenido la desgracia de